



PLANETA

JUVENIL

**PERDIDOS
EN CARSONCITI**
CRISTIAN VALENCIA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Pablo Rojas

© Cristian Valencia

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6100-7

ISBN 10: 958-42-6100-2

Primera impresión en esta edición: agosto de 2017

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S. A. S

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

CRISTIAN VALENCIA (biografía)

Cristian Valencia. Escritor y periodista. Sus crónicas han aparecido en el periódico *El Tiempo*; y en las revistas *Gatopardo*, *Soho*, *Cromos*, *Semana*, *Credencial* y otros medios independientes. Con el sello editorial Planeta se publicaron sus novelas *El rastro de Irene* y *Bitácora del Dragón*. En el 2007 apareció su libro de crónicas *Hay días en que amanezco muerto* con el sello Random House-Mondadori.

Su columna de opinión en el periódico *El Tiempo* mereció en 2016 el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, en la categoría de opinión y análisis.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	15
Del inicio de esta apasionante historia	16
De la llegada de Virginia a Carsonciti.....	20
De la llegada de Meriyein a Carsonciti	25
De la llegada del indio Blas a Carsonciti.....	29
De la amistad de Espidi con el fantasma de Virginia....	32
De la llegada de Pocoseso Estúar a Carsonciti.....	36
De cómo Escó “mató” a su padre en el salón.....	39
De la llegada del comisario a Carsonciti.....	44
De cómo Escó le cortó dos dedos a Espidi por haberle entregado el oro a Virginia	50
De la llegada de la Madama a Carsonciti.....	55
De cómo el Rudo violaba a su mujer, y de cómo enloqueció con un cortejo fúnebre de niños fantasmas	59

De cuando la Madama le contó a Óliver cómo asesinaron a Bob y todo lo que pasó en el salón aquella noche .	63
De una conversación entre Escó y Bob la víspera del asesinato de Bob.....	67
De cuando Yim decidió ir a la gran ciudad	69
De cómo Escó estallaba su rabia contra la piedra del Sapo.....	73
De la llegada de Escó (según Óliver) y de cómo bautizó a ese caserío como Carsonciti.....	75
Del comienzo de las pesadillas reveladoras de Pocoseso Estúar.....	79
De cómo el fantasma de Virginia comienza a enloquecer al indio Blas	82
De la vida cotidiana de los cuatrerros de Sierra Morena	88
De la aparición de la risa en Carsonciti	92
De la llegada de Yim a Sierra Morena y su encuentro con el fantasma de Virginia en el cementerio del sur	97
De una conversación íntima entre la Madama y Meriyein.....	103

SEGUNDA PARTE	107
Del fantasma de Virginia con Escó junto a la piedra del Sapo.....	108
De cuando la mujer de El Rudo se voló de la casa y llegó al salón	112
De cuando Bob descubrió un pueblo abandonado que después se convertiría en Carsonciti	115
De cuando el comisario regresa con Melchor, el perro, y avisa a todos en Carsonciti que los marciales capturaron a Yim en la gran ciudad (también se cuenta la vez que la Madama presentó a Nicol en el salón).....	119
De cómo el fantasma de Virginia presiona al indio Blas para que recuerde que es un indio tukano.....	123
De cuando Óliver invita a Meriyein a disparar en el lago y ella recuerda que ya había matado	128
De cuando nombraron a Pocoseso Estúar como ayudante del comisario	133
De cuando Escó le dijo a El Rudo que estaba muerto y todos se enteraron de qué se trataba la venganza.	138
De cuando Espidi se entera de su edad y de cómo el fantasma de Virginia se burla de Espidi	143

De la mañana en que Virginia decide suicidarse y se despide de Escó contándole un cuento	148
De cómo reaccionó Pocoseso Estúar cuando el comisario partió en busca de Melchor, el perro ...	152
De cómo el fantasma de Virginia le revela secretos a Meriyein y obliga a recordar a la Madama algunos hechos terribles y tristes	159
De cuando Virginia en vida le enseñó a llorar a la mujer de El Rudo	165
De la expedición para rescatar a Yim.....	170
De cómo la enfermedad del oro termina por sepultar a El Rudo en la montaña y aparecen los chivos de Virginia..	176
De la versión de Óliver sobre Meriyein y Escó.....	180
De cómo se suicidó Virginia frente a todos y de la anomalía del sonido.....	182
De cómo el indio Blas admitió por fin que era un tukano, gracias al fantasma de Virginia.....	187
De cuando los sueños le revelan a Pocoseso Estúar la trágica muerte de su hermano y le recuerdan que era bueno para sumar y restar	192

De la primera vez que Meriyein siente atracción por Óliver.....	197
De cuando llegaron con Yim a Carsonciti y de un encuentro con el fantasma de Virginia, definitivo para Meriyein.....	204
De cómo rescataron a Yim y de las revelaciones del fantasma de Virginia	208
De cuando el fantasma de Virginia se despidió de Carsonciti y le hizo recordar a la Madama que ella misma había envenenado a sus hijos	217
De cuando los cuatrerros de Sierra Morena vinieron por Nicol y se fueron cantando la llorona	221
Del final de esta apasionante historia	226

*Y el espíritu, que ya no era mucho, se fue
yendo de nosotros y se nos fue quedando
el alma ingrima vacía.*

HORACIO BENAVIDES

PRIMERA PARTE

Del inicio de esta apasionante historia

Espidi estaba amarrado desde temprano. Las manos sujetas detrás del espaldar y los pies atados con los cordones de sus viejas botas empolvadas. Tenía hematomas en toda la cara. Su camiseta roja estaba llena de parches acartonados de sangre fresca sobre sangre seca. Estaba cansado. Apenas tenía fuerzas para jadear, escupir y toser. Cada vez que intentaba levantar el mentón para decir unas palabras, su hermano Yim le propinaba una nueva combinación de golpes. Espidi desgonzaba la cabeza de nuevo, en silencio, y abría la boca solamente para llenarse de aire. No entendía por qué su hermano lo golpeaba por tan poca cosa, pero debía tener una razón de peso para hacerlo porque Yim siempre tenía una razón para todo.

Espidi dijo que le había entregado el oro a Virginia la noche anterior. Nada menos que a Virginia, el único nombre que Yim no quería escuchar en ese momento porque Yim le temía a Virginia desde que ella se había vuelto fantasma. Frente a semejante respuesta, no podía hacer nada. Tan solo castigar a Espidi hasta que apareciera el oro como por arte de magia. Espidi era amigo de

Virginia y era el único que no le temía. A los demás hombres de Carsonciti se les ponía la piel de gallina solamente con escuchar su nombre. La pobre de Virginia, que había abandonado este mundo a los trece años por su cuenta, en la mitad de la Plaza y frente a todos. Incluso frente a las chicas del Salón y frente al maldito del comisario bueno para nada y al cantinero Bob y a su pequeño hijo, Óliver, y frente a esas señoras que lo sabían, que lo supieron siempre, pero que simplemente aguardaron a que sucediera.

Y sucedió en esa Plaza. En medio de una mañana tan caliente que doblaba la tierra como si fuera de caucho y hacía parecer todo como un espejismo. Un espejismo que les ayudó a todos a creer que apenas había sido un mal sueño. Pero no lo fue... Fue con el arma del comisario. Una maldita pistola nueve milímetros que se encasquetaba, y que se encasquetó seis veces frente a todos, y que casi le hacen perder la compostura y el aplomo iniciales a Virginia. Pero a la séptima vez ¡bang! Y las gotas de sangre se esparcieron con lentitud y se dejaron filtrar por ese robusto sol colorado y jadeante, mientras del pequeño cuerpo de Virginia se desgonzaba el tobillo izquierdo como si se le hubiera partido, o como si no se hubiera disparado en la boca sino en el tobillo. Después fue una pistola cayendo sobre el polvo rojizo y la danza de un cuerpo que pierde la vida por secciones. Una mano que cae, un ojo estrábico, un cuello partido. El golpe seco de la cabeza contra el suelo.

El oro era de Escó, producto de la gran sorpresa que se llevó cuando, al abrir la bóveda del Primer Banco, no

encontró billetes sino oro. Mucho oro. Diecisiete lingotes de veinte kilos cada uno, para ser más exactos. Cuando lo asaltó, era de noche todavía y al único guardia del Primer Banco ya le había metido un lindo proyectil de plomo en el centro del pecho. Le hubiera disparado a la cabeza, de hecho quiso dispararle a la cabeza, pero como últimamente quería provocar muertes limpias, la cabeza no se prestaba para eso. Siempre quedaba un reguero de sesos por todas partes. Una vez le tocó ver salir un líquido verde de la cabeza de un alguien, que ahora mismo no recuerda por qué lo mató, ni dónde, ni para qué. Recuerda que tenía ojos verdes. Llegó a pensar que el líquido verde eran los recuerdos que habían logrado atrapar esos ojos. Las imágenes de esa vida desparramadas grotescamente por el piso. Una pena, se dijo Escó aquella vez. Un hombre que tiene recuerdos verdes hubiera merecido un proyectil en otro sitio.

Mientras Yim pensaba en lo mal que se pondrían las cosas cuando Escó se enterara de que ya no había oro, no dejaba de mirar a Espidi, que otra vez tenía la barbilla apoyada sobre el pecho y el ojo bueno parecía más deformado que el hinchado porque lo llevaba exageradamente abierto, como un cíclope borracho enhebrando una aguja. Había vomitado un poco y todavía trataba de zafarse del último hilillo de inmundicia que pendía de su boca.

—A Virginia —susurró Yim para sí mismo, mientras miraba por la ventana para no tener que ver el asqueroso espectáculo.

Aunque también miraba por la ventana para disfrutar del culo de la vecina que recién llegaba con un balde

repleto de agua. Lo demás no le interesaba; seguían siendo unos ranchos mal parados que parecían casas parapléjicas y un tierrero insoportable que le mantenía la garganta destrozada.

—Escó no demorará —dijo Yim.

—Vámonos —masculló Espidi.

Pero Yim le pegó un zapatazo en la espinilla y se quitó la correa para azotarle las piernas a Espidi con esa enorme chapa niquelada. Luego le embutió un par de golpes en el vientre.

De la llegada de Virginia a Carsonciti

La primera que la vio viva fue la vecina de Escó. Nadie sabía el nombre de la vecina, y nadie lo quería saber porque era la mujer de El Rudo, un malandro de poca monta que se la pasaba borracho en el Salón, gastando los pocos pesos que recogía de sus atracos baratos y renegando porque creía que su mujer le ponía los cuernos con todos los hombres de Carsonciti. Por eso nadie sabía el nombre de ella, para evitar problemas con El Rudo. Cuando la vecina de Escó la vio, le pasó por el lado lentamente, mirándola con mucha desconfianza. Casi la rodeó y la desvistió con la mirada sin que la niña hiciera nada. La niña miraba hacia la sabana en donde se levantaba La Gran Ciudad.

La vecina de Escó siguió su camino hacia el lago, llevando un par de tarros que colgaban de los extremos de un yugo de madera y que llevaba sobre sus hombros como un cepo, o como la parte triste de un crucifijo. Y cuando estuvo un poco lejos de Virginia le gritó algo, como una advertencia, un poco de palabras atropelladas que se fueron desvaneciendo con sus pasos. Luego le contó a El Rudo. Y cuando El Rudo salió a buscar, no

vio niña por ningún lado. Así que se devolvió para su casa pensando que su mujer lo quería volver loco con esos cuentos, y que estaba harto de que su mujer lo quisiera volver loco con esos cuentos, y que lo mejor sería irse para el Salón a tomarse unos tragos que lo hicieran valiente. Valiente para ir a birlar algo a la Gran Ciudad o valiente para golpear a su mujer.

La segunda vez que apareció Virginia en vida fue dentro de la casa de Escó. Estaba sentada en una mecedora gris, balanceando sus patitas al aire y cantando una canción inventada por ella. Escó estaba acompañado de una de las chicas del Salón. Había bebido mucho la noche anterior, celebrando un pequeño golpe que le había dejado unos buenos billetes. Escó comenzó a escuchar esa tonada y pensó que estaba soñando con su propia niñez, cuando se paseaba por los montes con sus amiguitos, buscando cuevas de tesoros, o atravesando caños, o pescando con cañas hechas de guadua, o cantando canciones inventadas que siempre, casi siempre, tenían la misma tonada. Pero Escó abrió los ojos y supo que no estaba soñando. Lo supo porque recordó que hacía muchos años no soñaba con nada ni nadie, mucho menos con la infancia. Entonces se levantó, agarró su pistola, se cercioró de que estuviera cargada y salió desnudo hacia la pequeña sala.

Virginia interrumpió su canción para reírse de Escó. Él le apuntó a la cabeza. No le importaba que fuera una niña, nadie tenía que estar en su casa, meciéndose en su silla favorita y cantando canciones ridículas. Se puso en

el lugar de la chiquilla y pensó que sí, que era un buen chiste después de todo: un hombre desnudo apuntando una pistola como si fuera el más bravo, era un buen chiste. Quiso enfundar su pistola, en un movimiento automático, y la chiquilla se desternilló de la risa cuando el arma cayó al suelo. Escó también sonrió. Dio media vuelta y le dijo lárgate, no te quiero ver más en mi silla ni en mi sala y no quiero oír más esa estúpida canción.

Ella fue apareciendo en cada una de las casas de Carsonciti de la misma manera. De repente estaba y de repente no. Al cabo de un mes todo el pueblo estaba enterado de la presencia de Virginia, pero nadie sabía en dónde vivía, ni cómo se alimentaba, ni dónde se bañaba, ni dónde tenía guardada su ropa. Lo cierto es que todos, absolutamente todos, habían tenido encuentros a solas con Virginia. Y nadie lo decía porque temían ser tildados de locos.

De cómo los marciales quemaron la casa de Yim y Espidi (también se narra el asesinato de Bob el cantinero y cómo un marcial lloró su propia muerte)

Los marciales encontraron a Espidi con la barbilla desmayada sobre el pecho, y a Yim arrinconado bajo una ventana llorando como un chiquito. Irrumpieron como siempre lo hacían, un operativo torpe que abundaba en patadas y puertas destrozadas. Gritaban y apuntaban a todos lados como si temieran un ataque sorpresivo, pero sin dejar esa fastidiosa sonrisa ganadora de muchos dientes, estampada en la mitad de la cara. Dijeron lo de

siempre también: contra la pared, manos arriba, apestosos pistoleros, cuatrerros malnacidos, atraca bancos. Una tropelía de palabras idiotas que casi todos usaban.

Venían buscando a Escó. Preguntaron por Escó varias veces. Hicieron el numerito del marcial bueno y el marcial malo. Se sentaron, los golpearon, esculcaron por todas partes, volticabajearon toda la casa, acuchillaron un colchón, patearon puertas, rompieron vidrios, les asentaron sendos cañones en la frente, se deshicieron en malas palabras y posaron de rudos. Lo único que escucharon lo escucharon de la boca de Espidi que habló rabioso y pronunció lento desde su silla, con la cabeza gacha: “De Carsonciti ningún perro sabueso sale vivo”.

Los marciales estaban contratados por el Primer Banco para encontrar el oro, apresar a Escó y escarmentar la población. Eran marciales nuevos. Debían ser nuevos para atreverse a entrar en el pueblo de esa manera tan solitaria. Ningún marcial viejo quiso hacerse cargo. Pensaban que sería un caso perdido, como todos en Carsonciti, que terminaría como todos también: unos carteles de “Se busca” pegados en las paredes y unos pobladores mudos de repente; unos tiros al aire y ningún güisqui en el Salón porque no les vendían.

Una vez acribillaron al cantinero Bob porque estrelló todas las botellas contra el piso. Luego, una de las chicas del salón, de un solo machetazo, le voló la cabeza al marcial que disparó. Y aunque la cabeza cayó en seco, rodó varias veces antes de dejar ver sus enormes ojos abiertos

y un par de lágrimas rodando por las mejillas. Algunos pensaron que ese Marcial, al menos ese, no tenía tan mal corazón después de todo. “Nadie tiene un par de lágrimas listas para llorar su propia muerte”, dijo alguien. Luego se pusieron a discutir sobre el último pensamiento del marcial. Hablaron del abandono. Como querían seguir hablando de muchas cosas, tuvieron que llamar al indio Blas para que trajera más güisqui. Fue así que bailaron hasta el amanecer frente a la cabeza llorona, que presidió la fiesta servida en un plato encima de la barra.

Así eran las cosas en Carsonciti y la gente de La Gran Ciudad lo sabía. Los únicos que no lo sabían eran esos dos marciales jóvenes que entraron de esa manera al pequeño rancho de Espidi y de Yim. Uno de ellos estaba tan ciego de la ira, que antes de emprender la retirada decidió prenderle fuego a la casa de los hermanos.

—No pasarán de Sierra Morena, hermano —dijo Yim, mientras veía cómo su casa se desvanecía entre las llamas.

Pero Espidi no lo escuchó porque se esforzaba por llegar hasta la calle Larga, donde estaba la campana con la que alertaban a los cuatreros de Sierra Morena.

—Si serán idiotas —murmuró.

Espidi no sabía por qué le gustaba tanto el doblar de las campanas. Pensó que era un recuerdo de la infancia.

—Oye, Yim, ¿tú recuerdas en qué lugar fuimos niños? —gritó.

—Nosotros nunca fuimos niños, tonto —contestó Yim, poniendo sus manos como bocina.